

De incendios e inundaciones: atrapados en un bucle

MARÍA CARREIRO Y CÁNDIDO LÓPEZ

Profesores e Investigadores de la Escuela de Arquitectura de la UDC

La película de 1993, *Groundhog Day* popularizó la expresión «sentirse como el Día de la Marmota» que refleja el desconcierto e incredulidad que una situación repetitiva provoca.

Desde hace décadas, en la Galicia estival la situación de vulnerabilidad ante los fenómenos climáticos semeja un hecho incontestable. Un año tras otro se repiten idénticos mensajes. Las administraciones públicas solicitan a la ciudadanía que realice un uso responsable del agua, eliminando consumos extra, a la vez que evitan baldear las calles y minimizan consumos urbanos como el riego de parques y las duchas de agua potable en las playas. En paralelo, se prohíbe cualquier tipo de fuego, bien de carácter lúdico bien de carácter productivo, instando a no realizar tareas de desbroce en nuestros montes, ante el riesgo de incendios derivados del uso de la maquinaria agrícola.

Como contrapartida, vivimos situaciones antagónicas en otras épocas del año. La secuencia climática de este año, 2025, resulta paradójica. Recordémosla.

En febrero, las intensas lluvias caídas en diversos lugares de las

provincias de A Coruña y Pontevedra llevaron a la Dirección Xeral de Emerxencias e Interior de la Xunta de Galicia a activar el Plan Especial de Protección Civil ante el riesgo de inundaciones en Galicia, INUNGAL. Se informó que un aumento del caudal, con crecidas puntuales, podía ocasionar los desbordamientos del río Lérez a su paso por Pontevedra, o del río Mera en Ortigueira. Consecuentemente, no debían realizarse actividades en espacios fluviales, ni cruzar zonas inundadas, ni abandonar los vehículos, buscando zonas altas si el agua nos alcanzase, e ir hacia plantas elevadas en caso de inundación de la vivienda.

En marzo, se encadenaron cuatro borrascas: *Jana*, *Konrad*, *Laurance* y *Martinho*, que, al atravesar el suroeste europeo, descargaron lluvias torrenciales, triplicando la media habitual en áreas de España y Portugal. Causaron inundaciones y daños materiales, pero también una notable mejora en los niveles de los embalses.

En abril y principios de mayo, las fuertes lluvias en Galicia desbordaron, entre otros, el río Sar, a su paso por Bertamiráns (Ames); el Tambre, en Pontemaceira (Negreira); o, nuevamente, el río Lérez en la ciudad de Pontevedra. La Xunta mantuvo activado el plan INUNGAL, al tiempo que pedía a la ciudadanía que extremase las precauciones tanto en zonas fluviales como en carreteras.

Según la AEMET, la primavera de 2025 fue la quinta más lluviosa desde 1961 y la tercera del siglo XXI. Sin embargo, a principios de este mes de agosto, sufrimos un notable descenso del caudal de los embalses por la ausencia de precipitaciones y las elevadas temperaturas. La Xunta puso en prealerta a una veintena de municipios del área de Pontevedra y parte de la Costa da Morte, y la Oficina Técnica da Seca consideró tomar medidas para contener el consumo en las cuencas del río Lérez, del río Grande, de la ría de Camariñas y de la costa de A Coruña hasta el Anllóns.

Los fuegos se repiten año tras año en Galicia. ¿Qué más hace falta para transformar un modelo obsoleto?

Y entonces, en plena canícula agostea, llega una ola de incendios. (En España, los incendios forestales se contabilizan de forma sistemática a partir de la aprobación de la ley de 1968. Con anterioridad únicamente se disponía de los informes de los guardas forestales).

La voracidad del fuego destruye una considerable superficie del territorio gallego, especialmente en el interior, lo que algunos con desdén llaman la Galicia «profunda». Nada novedoso, la gran mayoría de los especialistas coinciden en la diagnosis: a la despoblación y el abandono de una gran parte del territorio se le suma el cambio climático.

Hasta hace poco tiempo nuestro monte, que estaba plenamente integrado en las explotaciones agrarias, conformaba una unidad productiva en el sistema rural tradicional. Era una reserva de tierras para pasto, cultivo de cereales, obtención de abono -tojo-, madera y leña, y recolección de diferentes frutos. Constituía un recurso fundamental en el equilibrio de todo el sistema productivo, en el que el fuego no ha sido un elemento extraño. Al contrario, ha estado históricamente presente como herramienta agropecuaria. La práctica pirófitia se puede rastrear en la prehistoria gracias a los análisis polínicos, y verificarse documentalmente en la época medieval. El cultivo periódico del monte se llevaba a cabo mediante las bouzas o cavadas -laboreo manual con aperos de labranza menores como azadas o letones-. La tarea que el ilustrado Sarmiento, a mediados del XVIII, define como «la roza que se hace en el monte -suertes del comunal [varadas]- para quemar la broza [borreas] y después arar la tierra y

sembrarla de trigo o centeno», para obtener el llamado pan do monte.

Esta labor continuó durante el siglo XX. En la década de los 80, uno de nuestros abuelos, con el que el firmante comparte el nombre, recordaba a menudo que «en Galicia en los años 50 no existía un gramo de tierra sin cultivar. Era un jardín.» Una afirmación que ponía de relieve el aprovechamiento total e intensivo del territorio que realizaba la población que lo habitaba.

Las circunstancias se repiten año tras año, con el monte gravemente dañado, al igual que labrados, huertas, prados y el caserío de las aldeas. Qué más hace falta para adoptar medidas reales de transformación de un modelo obsoleto. Medidas apuntadas por voces autorizadas, como identificar las zonas de riesgo, fomentar la colaboración público-privada, llevar a cabo políticas integradas de prevención y ordenación, escuchar a las comunidades locales y a la comunidad científica, proveerse de los recursos humanos y materiales necesarios o reducir la burocracia y no elaborar más normativas desde un despacho, que ya existen muchas.

O quizás será preferible continuar sumidos en el día de la marmota, en el bucle de la confusión, de quejas y lamentos sobre el éxodo rural, sobre el deficiente traspaso en la gestión tradicional del campo a las nuevas tecnologías y la organización de los cultivos; sobre la degradación de los ecosistemas naturales; sobre la urbanización desordenada; sobre la inadecuada previsión ante el turismo. Y, a la par, realizar rogativas en las 3.771 parroquias de Galicia para que llueva o salga el sol, según.